

Sobre la esperanza en un mundo desesperanzando.

Motivado por la matanza de Coptos y el viaje del papa Francisco a Egipto me animo a retomar mi abandonada página, desde que me embarqué en el congreso internacional sobre Girard que estoy organizando.

Recuerdo un par de textos de Chesterton y de Max Scheller que decían algo así como "el que no tiene un Dios tiene un ídolo".

La historia de la humanidad está llena de ídolos (imágenes, ideas, proyecciones, teorías, personas). En su tremenda complejidad se nos presenta como ininteligible. Acontecimientos de llenos de violencia, irracionalidad, pasión, de doble intención. Acontecimientos malvados, interesados, criminales, son hitos perennes de la historia de la humanidad. No hay forma de entenderlos sino desde una reducción que puede parecer simplista, pero que no lo es en absoluto. Las ciencias sociales y políticas lanzan hipótesis económicas, territoriales, psicopolíticas, hasta científico naturales (lucha por la supervivencia, territorialidad...)

Hay otra explicación, ciertamente reductiva, simplista, si se quiere, pero potente: al haber erradicado el pecado original de la reflexión filosófica, como dice Hadjadj, ya no entendemos nada. Las sofisticadas tesis de los marxistas, dialécticos de todo cuño, de los historiadores que nos abruman con las arbitrariedades y locuras de los seres humanos con la asepsia de un cirujano, nos impiden ver las constantes antropológicas que iluminan con claridad el pasado, y el futuro.

El hombre es un rival de Dios, y cuando no puede comprenderle, (porque se escandaliza la aleatoriedad del mal que le atañe, o el dolor insoportable que otros le causan), le imputa al Creador ser el causante culpable de su sufrimiento. Sólo hay dos opciones: o seguirle culpando, creyendo en su existencia, pero manteniendo una relación de dependencia sagrada. Es la religión arcaica arraigada en el alma pagana: sacrificio a los dioses para que estos se pongan a favor de mi causa. O alejarse de él, por la vía del crimen o de la suplantación: "la muerte de Dios hizo que todos devengamos dioses". (Nietzsche)

Toda la Biblia tiene un par de hilos conductores, que destacan por encima de la maraña de historias escandalosas, episodios ininteligibles, de actitudes arbitrarias por parte de YHVH o de sus elegidos... uno es la lucha contra la idolatría y el otro la denuncia de los mecanismos persecutorios que sirven a la comunidad de los hombres de organizador del caos de las relaciones humanas.

La primera se actualiza una y otra vez a lo largo de la historia: los hombres, que se sienten solos y abandonados de los dioses, o ya los

han declarado imaginarios, depositan sus esperanzas en dioses de recambio: el trabajo, el esfuerzo, el dinero, la política, la guerra, la violencia, el afecto de otros hombres, la seguridad, el anhelo de cambiar el destino mediante técnicas científicas o esotéricas, da lo mismo. La cuestión es neutralizar la angustia.

"Los hombres que no pueden contemplar la libertad de frente están expuestos a la angustia. Buscan un punto de apoyo en el cual fijar sus miradas. Ya no hay Dios, ni Rey, ni señor para unirlos con lo universal: Los hombres desean según el Otro para escapar al sentimiento de lo particular; eligen unos dioses de recambio porque no pueden renunciar al infinito"¹.

Desde un análisis pesimista no parece haber salida para estas estrategias destructivas. Acabo de leer a Pankaj Mishra, y su éxito reside en su pesimismo antropológico. Le falta lo que Girard, siguiendo un análisis parecido en *Achever Clausewitz*, sí encuentra para superar la decepción de lo humano: la esperanza escatológica. Si Cristo ha resucitado... los hombres pueden destruirlo todo, pero si Cristo ha resucitado, todo será restaurado, comprendido... y habrá tenido sentido. Este futuro perfecto es intencional: solo tendrá sentido tras la parusía. De momento, en el *katejón*, en este tiempo intermedio del que habla San Pablo, todo es un caos ininteligible, en el que las teorías filosóficas y científicas solo contribuyen a generar más desorden (Baudrillard, Balandier, Dupuy...). Pero hoy, en mi pesimismo tonal, ha aparecido una luz en las palabras del Papa Francisco en su viaje a Egipto (Mayo 2017) que disipan mis nubarrones: "*cuando se desvanece la esperanza humana comienza a brillar la divina*".

["Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad, cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en resurrección, su camino de regreso en retorno a Jerusalén, es decir en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz".

De esta manera, los discípulos de Emaús "han encontrado el sentido de la aparente derrota de la Cruz".

"Quien no pasa a través de la experiencia de la cruz, hasta llegar a la Verdad de la resurrección, se condena a sí mismo a la desesperación. De hecho, no podemos encontrar a Dios sin crucificar primero nuestra pobre concepción de un dios que sólo refleja nuestro modo de comprender la omnipotencia y el poder".]

Del otro hilo conductor hablaremos otro día.

¹ Girard, R., *Mentira romántica, verdad novelesca*. Anagrama. Barcelona 1985, Orig: Grasset, París 1961. p.64.